



NOTAS PARA CONTINUAR  
LA REFLEXION SOBRE LOS MEDIOS  
MASIVOS Y LA CULTURA  
Prof. *Maribel Quezada Martínez*

**L**a discusión pública en nuestro país acerca de los medios de comunicación masiva y la cultura ha girado principalmente en torno a los posibles resultados negativos que los primeros —y en especial la TV— parecen ejercer sobre esta última. El debate se ha intensificado estos últimos años, obedeciendo en parte a la agudización del problema y en parte a una percepción más clara de éste, el que de ninguna manera es exclusivo del período que vivimos en la actualidad.

Es notorio que en la base de esta polémica, que muchas veces es de alto vuelo académico, subyace una noción de “cultura” que paradójicamente es extensa y a la vez estrecha: extensa porque es la que maneja el sentido común, el hombre de la calle o el ciudadano medio cuando piensa u opina sobre la cultura; y estrecha porque reduce la cultura a una mínima fracción de lo que ella es, antropológicamente hablando. Como consecuencia, la discusión acerca del tema está en boca de muchos, pero minimizada en cuanto a los alcances que ella podría tener si atrajera el concepto de cultura desde la teoría antropológica.

Se ha insistido en reducir “la cultura” a un limitado campo de conocimientos que unos poseen y otros no, y a un conjunto de manifestaciones literarias, artísticas o intelectuales que cumplen

con ciertos requisitos desde el punto de vista estético. Los mensajes y programas llamados culturales son, de esta forma, los que contienen algunas de estas expresiones o conocimientos. Lo que se encuentra más allá de este límite, ya es catalogado de mera entretenimiento, cuando no de incultura si es que no cumple con dichos cánones estéticos, y su difusión por TV es, para bien o para mal, a menudo criticada.

Esta concepción de cultura, extendida y estrecha a la vez, encierra varios supuestos: 1º Que en la sociedad existen individuos y grupos que, por carecer de ciertos conocimientos o experiencias estéticas, son tipificables como incultos; 2º Que en la sociedad hay un grupo que por su ubicación social u otras razones ha tenido acceso a la cultura, bajo una o varias de sus manifestaciones; 3º Que este grupo, al que algunos llaman "élite" y que ha sido beneficiado con la posesión de la cultura, está en condiciones de determinar qué tiene valor cultural y qué no, como asimismo qué puede ser considerado como una elevación del nivel cultural de las grandes masas incultas de la población. La finalidad de este trabajo no es cuestionar la validez de estos supuestos, aunque a medida que se vaya examinando el concepto antropológico de cultura ellos irán dejando de tener sentido.

El debate respecto a los medios masivos y la cultura basado en esta concepción del sentido común y en sus supuestos se centra, pues, en la crítica hacia el bajo nivel cultural de la televisión y en cómo elevarlo. En el campo de los resultados prácticos ha logrado la instauración de franjas culturales en horario simultáneo, y actualmente se analiza la posibilidad de introducir nuevas franjas culturales en horario diferente.

Pero ¿de qué otra forma sino de ésta podría entenderse lo que es la cultura y qué ganaríamos con ello? —puede preguntarse alguien al leer estas líneas. Trataremos de dar respuesta a esta interrogante en lo que sigue.

## EL CONCEPTO ANTROPOLOGICO DE CULTURA

Son muchos los estudiosos de las culturas de los pueblos que han elaborado definiciones del concepto, distintas unas de otras según las diversas escuelas. Bastará con revisar lo que proponen dos teóricos, para examinar después lo que el concepto puede aportar al debate actual sobre televisión y cultura.

Una definición más bien clásica es la que —en 1945— propone R. Linton: la cultura, dice, es la “configuración de la conducta aprendida, y de los resultados de la conducta, cuyos elementos comparten y transmiten los miembros de una sociedad”.

De acuerdo a esta concepción, una cultura requiere ser en primer lugar conducta organizada en un todo o en patrones de conducta. A esto se refiere la idea de configuración y, aclarando más, significa que al estar la conducta organizada dentro de determinadas pautas o moldes sociales, ella ocurre de manera más o menos predecible en vez de ser un hecho aleatorio ante determinadas circunstancias. En segundo lugar, la cultura necesita de aprendizaje, lo que distingue a los comportamientos y productos culturales de aquellos genéticos, hereditarios y somáticos. El hambre, por ejemplo, es un reflejo del organismo corporal; pero la manera peculiar que establecemos para alimentarnos, alrededor de una mesa y observando ciertas reglas es un hecho netamente cultural. En tercer lugar, la cultura incluye los resultados de la conducta, los que abarcan dos grandes tipos de fenómenos: psicológicos y materiales. Entre los psicológicos Linton incluye las actitudes, los valores y los conocimientos, considerándolos como resultados de la conducta por cuanto son producto de la interacción del sujeto con el medio que lo rodea y del aprendizaje consiguiente. Entre los productos culturales materiales, admite los objetos que habitualmente los miembros de una sociedad han fabricado y utilizado, y los denomina “cultura material”. En cuarto lugar, una cultura para ser tal ha de ser compartida por un grupo o una colectividad de individuos: el hecho de que personas aisladas dentro de una organización o una sociedad se comporten de cierta forma no da a este

comportamiento el carácter de pauta cultural. Y por último, la conducta ha de ser transmitida de unos individuos a otros: la mayoría de los elementos que componen las configuraciones culturales se transmiten de una generación a la siguiente y duran más que la vida de cualquier miembro de la sociedad. Muchas de estas configuraciones o patrones se transmiten de manera implícita y aun inconsciente, a través de mensajes no verbales.

Como se desprende de lo expuesto, este autor emplea el término conducta en su más amplio sentido, de manera que incluya todas las actividades de los individuos, ya sean manifestadas o encubiertas, físicas o psicológicas, los movimientos tanto como el pensamiento.

Posteriormente, Goodenough —en los años 60— ha aludido a la cultura como “la organización de la experiencia” compartida por los miembros una comunidad, abarcando también “los criterios por los que se rigen para percibir, predecir, juzgar y actuar”.

De acuerdo a Goodenough, entonces, la cultura tiene como base la experiencia de los miembros de una sociedad o comunidad. Estas experiencias se van organizando, es decir, les da un significado dentro del contexto de otras experiencias, se las ordena, se las relaciona y se las integra de manera coherente dentro de un todo que es el sistema cultural existente.

Como no es posible que todos y cada uno de los miembros de una comunidad tengan siempre acceso directo a todas las experiencias que el entorno físico y el entorno social le ofrecen, estas experiencias son simbolizadas. La simbolización es el proceso mediante el cual estas experiencias se representan mentalmente, y constituye una parte fundamental de la organización de ellas que propone Goodenough. Sin que medie esta simbolización sería imposible que la cultura fuera transmitida de una generación a otra. La simbolización no es exclusivamente representación mental, también asume otras formas tales como dibujos y diversas expresiones, sean artísticas o no.

Los "criterios por los que (los individuos) se rigen para percibir, predecir, juzgar y actuar" podemos considerar que son los valores, las pautas de evaluación socialmente definidas, los marcos de referencia, las normas establecidas y las informales, ciertos condicionamientos psicosociales que llevan a percibir porciones del mundo en términos de causa-efecto, y otros como las actitudes, las ideologías y las creencias en la medida en que sean compartidas. Todos estos criterios, a su vez, se van desarrollando también a partir de la experiencia particular de los miembros de una comunidad y van asimismo contribuyendo a dar forma a la organización de dicha experiencia.

Todo lo dicho implica —y aquí suscribimos lo que plantea C. Valentine— que "la cultura comprende todas las formas estandarizadas de observar el mundo y de reflexionar sobre él, de comprender las relaciones existentes entre las personas, los objetos y los sucesos, de establecer preferencias y propósitos, de realizar acciones y perseguir objetivos".

La generalidad de las definiciones antropológicas de cultura apunta a una idea central que en pocas palabras puede ser expresada como un patrón de vida compartido y que pasa de una generación a otra. De cualquiera de las numerosas definiciones podemos desprender que la cultura no es privilegio de unos pocos, sino que por el contrario, no hay colectividad humana que habiendo mantenido cierta permanencia temporal no haya construido una cultura, por muy analfabeta o desinteresada por la estética que haya sido semejante colectividad. A este respecto, son muchas las personas que todavía se sorprenden cuando escuchan mencionar la "cultura de la pobreza", pensando que los términos encierran una contradicción.

Es de este modo la cultura la gran creación de la vida cotidiana, que puede incluir también la refinada obra de arte.

## ALGUNOS POSIBLES APORTES

A la luz del concepto de cultura recién examinado podemos ir encontrando nuevos elementos para incorporar a la vieja discusión sobre los medios masivos y la cultura.

El primero de ellos nos lo ofrece el hallazgo que la teoría de la cultura ha hecho sobre el papel adaptativo de ésta. Efectivamente, se ha llegado a determinar que a través de la cultura los hombres se van adaptando de manera colectiva a las condiciones que su medio ambiente les presenta y a las circunstancias históricas que les corresponde vivir. Dicho de otra forma, las agrupaciones humanas han desarrollado sus culturas como medio de enfrentar y sobrevivir al desafío constituido por el entorno natural, social, y los condicionantes históricos externos e internos. La cultura ha sido así considerada como un conjunto de respuestas adaptativas ante influencias ambientales e históricas, las que corrientemente aparecen al hombre bajo la forma general de problemas que resolver. Entendemos, pues, esta adaptación como algo activo y constructivo más que como una reacción de pasividad. No está de más poner de relieve que a medida que la sociedad o el grupo humano va creando su cultura, por el mismo proceso va produciendo nuevas condiciones y generando un ambiente que habrá de convertirse en posteriores desafíos para generaciones futuras, dando lugar a una interacción constante entre cultura y sociedad.

Para ilustrar será suficiente traer como ejemplo de condicionantes ambientales la frecuencia con que debemos experimentar temblores y terremotos en el país. La respuesta adaptativa ha sido un producto cultural al que llamamos construcción sísmica, muy distinto de su equivalente para aquellos entornos que no presentan este tipo de condición.

De entre las variadas circunstancias históricas actuales que se nos ofrecen como desafío que requiere de una respuesta generadora de cultura, el subdesarrollo constituye un ejemplo que, de paso, nos facilita retomar el tema de los medios de comunicación. Dado que la situación de subdesarrollo —propia tanto de

Chile como de América Latina— condicionante a la vez que condicionada por la cultura, vinculada también a lo económico, lo social, lo educacional, lo político, lo sanitario, lo vivencial; en tres palabras, a la calidad de vida de las grandes masas de población, parece legítimo considerarlo un desafío clave, cuya superación requiere de respuestas culturales en cuya creación les cabe un papel preponderante a los medios masivos y en particular a la TV.

Si es cierto lo que sostiene la teoría antropológica —que la cultura es adaptativa frente a problemas— y si también es cierto lo que por su lado dicen diversas teorías económicas, a saber, que no es posible salir del subdesarrollo —al menos en su dimensión económica— sin que exista ahorro e inversión, entonces ya tenemos dos referentes para acercarnos a evaluar la forma en que la televisión está colaborando a que demos respuesta a esa situación problemática. Probablemente bastará con que nos sentemos frente al televisor y por un rato hagamos un registro de los llamados que se nos hacen a gastar dinero en consumir diversos productos y a endeudarnos lo necesario para ello cuando los pesos no están disponibles. No todas estas incitaciones son hechas en forma directa, a través de la publicidad. Muchas son indirectas y nos llegan por medio de la presentación de modelos a imitar, encarnados en personajes de series, de telenovelas, películas y también de shows hechos en casa. Como actividad simultánea, sería provechoso que nos fuéramos preguntando, imagen a imagen, escena a escena, diálogo a diálogo, de qué manera el consentir a lo que ahí se nos propone o imitar lo que se nos muestra nos señala un camino adecuado para poder salir del subdesarrollo o uno para sumergirnos más en él. Si la valoración que se hace del éxito entendido como la posesión de bienes materiales y de lujo, y de los ambientes de gran confort; si el arribismo presente en las telenovelas, expresado en un desprecio de lo que se es y en los intentos de aparentar más; si las modas y los estilos de vida del "beau monde", propios de otras sociedades industrializadas, simbolizados como algo digno de admirar y simple de adoptar nos abren oportunidades para enfrentar positivamente nuestra condición subdesarrollada, y cuáles serían éstas, o si nos ofrecen

justamente lo contrario. Muy probablemente, este pequeño escrutinio nos llevaría a concluir que muchas de las pautas y productos culturales generados por otras sociedades, como respuestas para sus propias necesidades de adaptación a sus circunstancias particulares, resultan no sólo inadecuadas para nosotros sino que abiertamente negativas desde el punto de vista de la realidad a la que tenemos que responder<sup>1</sup>. Como paso final, podríamos detenernos un momento a pensar qué mensajes, en calidad de contrapartida de los observados, serían los que movilizarían nuestra capacidad de ir creando una cultura para hacer frente al subdesarrollo.

Un segundo elemento que aporta la perspectiva antropológica es la idea de considerar la cultura como un ente que, además de responder a necesidades específicas, distingue a una sociedad o a una agrupación humana de otra de acuerdo a una de sus dimensiones más notables: la dimensión de lo que los hombres y mujeres han creado. En otras palabras, la cultura es lo que nos da nuestra identidad particular, aspecto muy ligado al de cohesión social. La respuesta a “¿quienes somos en el mundo?” es posible a partir de nuestros rasgos culturales propios, así como la respuesta al “¿por qué somos?” nos la da la historia. La cultura es, desde este marco de análisis, un recurso nacional valioso que tendríamos que estar dispuestos a conservar y a defender de manera semejante a cómo resguardamos otros bienes de cuya utilidad nos percatamos más directamente. Al llegar a este punto surge en el pensamiento la noción de “soberanía cultural”. Puede parecer extraño para quienes siempre hemos escuchado asociar la soberanía a lo territorial y a lo político pensar que ella sea posible de vincular con lo cultural. La idea de soberanía territorial es sumamente antigua porque la noción de territorio ha acompañado al desarrollo del hombre desde su época más temprana. No así la noción de cultura como “los modos de vida

<sup>1</sup>Y dejamos aquí fuera de discusión el interesante punto sobre los medios que la sociedad misma ofrece a sus miembros para obtener todos esos logros de manera legítima, cuestión que —según Merton— da origen a las conductas delictuales.

propios de un pueblo", ya que este concepto ha sido un resultado intelectual de las incursiones expansionistas de Occidente hacia las regiones desconocidas del resto del mundo. La conciencia de lo importante que es defender la autonomía cultural no está pues tan fuertemente enraizada como la necesidad percibida de proteger la soberanía territorial y la política, luchando por ello si es menester. A pesar de esto, la noción de cultura en las últimas décadas ha sido un arma vital en las batallas intelectuales emprendidas contra el etnocentrismo, el prejuicio, la intolerancia, el racismo y el expansionismo cultural.

De la observación sobre lo que nos ofrecen algunos medios de comunicación, podemos desprender que estamos lejos de tener conciencia de que poseemos una identidad cultural propia y distintiva. ¿Ejemplos? Los encontramos en signos tales como la desvalorización de nuestra lengua: radioemisoras que difunden música popular casi exclusivamente en idiomas extranjeros diversos, mientras una de ellas se autorrecomienda como la emisora que transmite "sólo canciones en inglés". Avisos publicitarios hablados y cantados en lengua foránea, de punta a cabo. Canciones en inglés compuestas por chilenos para concursar en Chile. También lo vemos en el desprecio que se manifiesta por nuestras propias características étnicas: mensajes, ya de publicidad, ya de entretención, elaborados en nuestro medio pero que tienden a exaltar el tipo nórdico, rubio y atlético, que no es ciertamente el que predomina en el ancestro que compartimos los chilenos ni en la mayor parte de nuestros connacionales de hoy.

El problema de lo que aquí se acaba de exponer va más allá de las meras consideraciones románticas de conservar lo nuestro "porque es lo nuestro que se está perdiendo". El planteamiento de fondo se relaciona a otro fenómeno. Las investigaciones y los avances teóricos de los últimos años en diversas disciplinas como la sociología, la antropología, la psicología social, la propia teoría de la comunicación y aun la ciencia política, permiten postular sin temor de hacer una proposición demasiado aventurada, que este tipo de penetración cultural masiva tendría que desembocar, por efecto de desgaste y por propagación, en una

transformación de las culturas nacionales en conjuntos de elementos culturales diversos, más o menos inorgánicos, no adecuados a las necesidades de una sociedad determinada, ni portadores de una identidad definida. Es legítimo incluso equiparar el efecto de esta presencia masiva, indiscriminada y reiterativa de pautas foráneas, al de un paulatino pero persistente lavado masivo de cerebros que sería experimentado por la cultura receptora, en este proceso de transculturación.

El riesgo que se perfila más claramente es el de terminar por adoptar una cultura extranjera que vaya ocupando el lugar y el tiempo de la propia, y que vaya al mismo tiempo transfiriendo la identidad y el sentido de pertenencia hacia la cultura forastera. Un pueblo que consiente esto se ha sometido culturalmente, y al renunciar a su soberanía cultural se ha colocado generosamente a disposición de otros. La discusión actual sobre medios de comunicación y cultura, en general ha dejado de lado estos aspectos. Dado que por el desarrollo tecnológico no estamos alejados del momento en que nos veremos directa y permanentemente interconectados desde nuestro hogar a la red de satélites del mundo, pareciera que estos puntos son de gran vigencia.

## COMENTARIOS FINALES

De la tónica global de este artículo podría equivocadamente inferirse que él postula el rechazo total a todo lo que viene de fuera, en aras de una sacramentalización de lo autóctono. No es ése el propósito, aunque el énfasis puesto en destacar las razones de por qué defender y valorar lo propio, pueden haber llevado a esa apreciación. Sin duda tenemos bastante que aprender de otras culturas, y la incorporación razonada y consciente de elementos originados en ellas puede sernos útil, más aún si logramos producir una síntesis creativa de ellos con los nuestros para adoptarlos a las propias circunstancias. Lo importante es que antes de aceptar y adoptar pasivamente pautas extranjeras, seamos capaces de revisarlas y someterlas a un juicio crítico. Tal vez los criterios a los cuales podríamos subordinarlas conven-

dría que fueran los que nos sugiere el enfoque antropológico: en primer lugar, examinar si es que cumplen para nosotros el papel de responder a una necesidad de nuestra propia situación; en segundo lugar, reflexionar si es que su adopción no arriesga lo que podría ser considerado como nuestra soberanía cultural. En otras palabras, evitar actuar hacia los medios masivos en ese estado que W. Mills llamó "analfabetismo psicológico".

Como síntesis y proposiciones finales, luego de lo que se ha señalado en estas páginas, destacaremos los siguientes puntos:

Primero, que las manifestaciones superiores del conocimiento y las expresiones estéticas en general, son tan sólo un subconjunto de aquella totalidad rica y variada que constituye lo que es la cultura en una sociedad cualquiera. Consecuentemente, el debate sobre si la TV es cultural o no, si "entrega" cultura o lo contrario, puede ser mantenido sólo a base de esta noción reducida de cultura. Desde el momento en que consideramos este concepto en su marco antropológico, vemos que en realidad todo lo que la TV difunde es cultural, en la medida en que está propagando valores, formas de vida y maneras de entender y de enfrentar ésta, y nos damos cuenta de que es posible y hasta socialmente saludable desplazar la discusión hacia este hecho.

En seguida, la perspectiva antropológica induce también a descartar los significados que se atribuyen a los términos "incultura" o "incultos" para referirse a los individuos y grupos que no poseen cierto tipo de experiencias o conocimientos. Siguiendo esta línea, si a algo hemos de llamar incultura habría de ser a la interiorización no discriminada de esos elementos venidos desde otras realidades culturales, que se adoptan sin ningún juicio crítico y que van minando la propia cultura y subculturas nacionales, así como las cualidades adaptativas de éstas. Sociedades e individuos incultos serían, por consiguiente, aquellos que son incapaces de hacer frente a una penetración cultural extraña oponiendo de manera activa y constructiva la cultura particular de su colectividad nacional, regional o simplemente organizacional.

En este contexto, elevar el nivel cultural de la población equivale a elevar el grado de conciencia sobre la propia cultura, su valor, y sobre las razones que existen para conservar dinámicamente vivos sus elementos inmateriales y materiales, fortaleciendo incluso alguno de ellos.

Es posible que para hacer frente a la situación desde una base sólida y de modo eficaz, sea necesario considerarla dentro de una política de comunicaciones que, en relación a esto, fije algunas orientaciones básicas para la acción de los individuos y grupos que tienen a su cargo medios de comunicación y poder de decisión sobre lo que éstos transmiten.

Paralelamente, desde la enseñanza básica y media se podrían ir introduciendo ciertas nociones antropológicas elementales que despertaran ya en el niño una conciencia razonada acerca de los que significa la cultura, y un estado de alerta para encarar los mensajes que cotidianamente recibe de los medios masivos y de la TV en particular. ◇